Queridas Hijas de la Caridad:

Con esta Eucaristía estamos comenzando el tiempo fuerte, por así decirlo, de la Asamblea Provincial, después de un año intenso de preparación en las Comisiones y Asambleas domésticas comunitarias. Hemos llegado hasta aquí superando los muchos problemas y dificultades que han ido surgiendo y que han modificado, de manera importante, el estilo físico de la Asamblea a la que estabais acostumbradas, espero que el espíritu no. Porque lo importante es que estamos aquí con las manos llenas de trabajo, el corazón ilusionado y la esperanza puesta en el Señor.

Hay un viejo relato, de muchos siglos antes de Cristo, que describe así la creación del hombre: *«El Señor Dios modeló al hombre del barro de la tierra. Luego sopló en su nariz aliento de vida. Y así el hombre se convirtió en un [ser] viviente».*

Queridas Hermanas, a veces se nos olvida que el ser humano es barro, que todos somos barro, que la Hija de la Caridad es barro y en cualquier momento nos podemos desmoronar. ¿Cómo caminar con pies de barro? ¿Cómo mirar la vida con ojos de barro? ¿Cómo amar con corazón de barro? Sin embargo, sabemos que este barro ¡vive! En su interior hay un aliento que le hace vivir. Es el aliento de Jesús. Lo que respira la Iglesia es el Espíritu de Jesús. Lo que respiran las Hijas de la Caridad es el aliento de Jesús. Lo que nosotros oramos en el Espíritu es la oración de Jesús. Toda nuestra vida íntima es la vida de Jesús, que el Espíritu nos comunica.

Acabamos de proclamar que el primer día de la semana, la Pascua, el Señor resucitado, rebosante de Espíritu, exhaló su aliento sobre sus discípulos. Un gesto recordando el de la creación. Cristo quiso recrear a sus discípulos desanimados, sin «espíritu de vida»; y, hoy, quiere recrear a las Hijas de la Caridad de España Este, tal vez, desanimadas y amedrentadas por muchas situaciones. Jesús sopló sobre ellos el Espíritu vivificador y sopla hoy sobre todas vosotras para producir los mismos efectos que se produjeron en los discípulos. El Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos, resucitó también a sus discípulos medio muertos, y así, el aliento de Jesús llena toda la tierra.

Quien recibe este Espíritu no sólo se santifica, sino que es capaz de santificar, de perdonar pecados, de trabajar por un mundo nuevo. Hay que alentar sobre toda muerte y toda impureza. Hay que dejarlo todo lleno de limpieza y hermosura. Hay que llenarlo todo del Espíritu de Jesús.

Queridas Hijas de la Caridad, es tiempo de abrirnos a la conversión desde un profundo discernimiento para escuchar lo que nos dice el Espíritu Santo a cada una de nosotras, a la Provincia y a la Compañía.

Hoy, en estos días, Jesús viene a nuestro encuentro, para invitarnos a dejar el torbellino de ruidos, informaciones, reportajes, publicidad, reclamos, y preocupaciones que nos envuelven y nos dispersan, y nos invita a reconocer nuestras fragilidades, la sordera y la mudez que en muchos momentos nos llevan a permanecer insensibles ante el clamor dolorido de tantas personas que cerca o lejos de nosotros viven excluidas y olvidadas.

Se ha dicho que quienes viven aturdidos interiormente por toda clase de ruidos y zarandeados por mil impresiones pasajeras, sin detenerse nunca en lo esencial, difícilmente se encontrarán con Dios. ¿Cómo escuchará su voz quien vive de forma ruidosa, dispersa y fragmentada, en función de sus propios gustos y no de un proyecto más noble de vida? ¿Cómo podrá, sin escucha interior, intuir que *«el hombre es un ser con un misterio en su corazón mayor que él mismo»*? (H. U. von Balthasar).

En la sociedad moderna, solo queda sitio para un Dios convertido en «artículo de consumo» del que se intenta disponer según las propias conveniencias e intereses, pero no para el Dios vivo revelado en Jesús, que suscita la adoración, el júbilo, la acción de gracias y el compromiso por un mundo más digno y más humano. Se habla de Cristo, pero nada decisivo se despierta en los corazones: se reza sin comunicarse con Dios, se comulga sin comulgar con nadie, celebramos la liturgia sin celebrar nada.

Vosotras, las Hijas de la Caridad, si no escucháis la voz de Jesucristo que os llama constantemente a servirle en los pobres, corréis el peligro de convertiros en dispensadoras de 'servicios' a modo de cualquier empresa, en vez de hacer de vuestra vida un constante servicio al Señor y a los pobres. Si perdéis vuestra identidad, vuestro carisma, vuestra vocación, vuestra presencia en el mundo no servirá para nada. Si el Dios de Jesucristo no mueve vuestras vidas, no podréis introducir la fuerza liberadora, humanizadora y salvadora que se encierra en su persona y en su proyecto del Reino.

Decía Sor Lucía Roge: *«La Compañía está profundamente comprometida en la evangelización, es misionera, en busca siempre de una imitación de Jesucristo más auténtica, tratando de hacer el Evangelio vivo, comprensible y deseable para los pobres, con realidades y no con discursos ...; ser signo colectivo de Jesucristo presente entre los pobres, es el servicio que, de ella, espera hoy la Iglesia».* (L.R. Tmp. Asamb. mayo de 1978)

Sin el Espíritu de Jesús, la Compañía es barro sin vida: comunidades incapaces de introducir esperanza, consuelo y vida en el mundo. Podréis pronunciar palabras sublimes sin comunicar el aliento de Dios a los corazones. Podréis hablar con seguridad y firmeza sin afianzar la fe de las personas. ¿De dónde vais a sacar esperanza si no es del aliento de Jesús? ¿Cómo os vais a defender de la muerte sin el Espíritu del Resucitado? Cómo no gritar con fuerza: *«¡Ven, Espíritu Santo! Ven a la Compañía, ven a la Provincia, ven a nuestras comunidades, ven a cada una de nosotras y a esta Asamblea. Ven a liberarnos del miedo, la mediocridad y la falta de fe en tu fuerza creadora»*